

DEL MITO AL LOGOS

La filosofía surge cuando, en la tarea de explicar la realidad (la naturaleza, el hombre y la sociedad), se abandona el **mito** sustituyéndolo por el **lógos** (razón, explicación racional).

Esto sucede en Grecia en torno al siglo VI a.C. por una serie de factores que contribuyeron sin duda a este surgimiento, aunque no se pueda decir que lo "determinaron".

1. Caracteres generales de la cultura griega

La Grecia anterior al siglo VI es una sociedad **aristocrática** fundada sobre la guerra y la agricultura. La **carencia de libros sagrados** y de una cerrada organización sacerdotal hizo más fácil la aparición de un pensamiento crítico. La **educación** (los valores morales, la teología y la mitología, la cosmología, la historia...) se asienta en los poetas (Homero) y en los "sabios".

A partir del siglo VII a.C. tuvo lugar una profunda transformación de la sociedad griega: el **comercio** trae consigo la aparición de la moneda y los viajes, el contacto con otras culturas; la **ciudad** griega (*pólis*), la **democracia** y la **ley** (*nomos*) nacen de la exigencia de una nueva moral y justicia basadas en el intercambio entre ciudadanos libres e iguales (frente a los valores aristocráticos).

Todos estos factores van a contribuir a la aparición una nueva forma de pensamiento, el pensamiento racional, que sólo puede emerger en una atmósfera de libertad para la crítica e igualdad en las relaciones sociales, que alcanzará su apogeo en la Atenas del siglo V.

2. Del *mythos* al *lógos*

Tanto *mythos* como *lógos* significan "palabra", pero el mito es una narración simbólica acerca del origen del cosmos, de los dioses y de los hombres. Mientras que el *lógos* es el "discurso racional" acerca de la naturaleza y del hombre. La filosofía griega nace como reacción contra el mito, como *lógos*, como proceso de racionalización crítica.

En el pensamiento mítico griego los sucesos y fenómenos de la naturaleza y las motivaciones humanas dependen de la voluntad arbitraria de los dioses. Sobre estas bases no hay posibilidad de establecer ciencia.

La explicación racional (*logos*) busca, por el contrario: una **ley necesaria** subyacente en lo cambiante de los fenómenos (frente a la arbitrariedad mítica); una **esencia permanente** bajo las apariencias, y una **unidad** de la naturaleza frente a su multiplicidad de cosas que la componen. Sin embargo, el mito permanece vivo, más o menos latente, a lo largo de toda la cultura griega: el mundo helénico es un continuo diálogo con sus mitos.

El proceso de racionalización comienza en Grecia con Homero y Hesíodo: en sus poemas los dioses han sido reducidos a la talla humana, con mismos vicios y virtudes y con la única diferencia de su inmortalidad. Tanto dioses como hombres están sometidos a la misma ley férrea del destino, la inexorable "*moira*".

La filosofía, más que eliminar el mito intenta definir sus contornos: el mito ha de ser el contrapunto a la razón.

3. El *arjé* y la *physis*

Los primeros filósofos griegos comenzaron preguntándose acerca del origen y

constitución del cosmos. Tratan de determinar el *arjé* (**principio**, origen) del que todo procede y del que todo se compone. *Arjé* comporta el doble significado de **lo primero**, aquello de donde procede todo y **lo fundamental**, aquello que rige y gobierna todo. Por tanto, el *arjé* de algo no es sólo aquello de donde ha surgido ese algo sino también aquello que lo constituye y continúa aún vigente en ese algo.

Cuando la filosofía griega arcaica se pregunta por el *arjé* ya no se encuentra con dioses sino con la *physis* (**naturaleza**). **La *physis* es el *arjé***. La *physis* es tanto el origen como el fundamento: *physis* es tanto de donde **proceden** todas las cosas (origen) uno y común del cual proceden todas y que las unifica, como lo que **son** las cosas (su constitución), la esencia o fuerza íntima de cada cosa, por la cual cada cosa es lo que es.



Ilustración 1: Mapa de la Grecia Antigua.

4. Los primeros filósofos

La filosofía griega arcaica (o también llamada presocrática) abarca desde el nacimiento de la filosofía (siglo VII a.C.) hasta el siglo V a.c. Sus obras se han perdido y no nos quedan sino **fragmentos** citados por autores posteriores como Platón, Aristóteles, Plutarco, Sexto Empírico, Diógenes Laercio.

4.1. Los filósofos jónicos

Tales de Mileto (aprox. 624-546 a.C.) fue matemático, astrónomo, político y uno de los "sabios de Grecia". Decía que el **agua** es el principio de nacer y crecer (*arjé*, *physis*). La tierra misma procede del agua y reposa sobre ella flotando como un trozo de madera. La *physis* que es el agua está dotada de vida y movimiento propios: a esto se denomina *hilozoísmo* (materia y vida), todo está vivo y animado, en todo hay vida, *physis*.

Anaximandro de Mileto (aprox. 610-545 a. C.), cartógrafo y astrónomo, dijo que *arjé* es "lo ilimitado" (in-definido: in-determinado: **ápeiron**). Esto permite explicar el origen de todas las cosas mucho mejor que a partir de un elemento determinado (como el agua). Lo que limita, lo que define, lo que determina, no puede tener límite, determinación. El *ápeiron* es "inmortal e indestructible", "eterno y sin envejecimiento".

Anaxímenes de Mileto (aprox. 585-524 a.C.) fue discípulo de Anaximandro y mantiene igualmente que el *arjé* ha de ser "sin figura", "invisible", pero no algo indeterminado sino algo determinado: *arjé* es el **aire** (=lo invisible que envuelve y delimita todo). El proceso

mediante cual todo procede a partir del aire sería un doble proceso de enrarecimiento y condensación.

También Anaxímenes concibe el mundo como algo **vivo**.

Heráclito de Éfeso (aprox. 544-484 a. C.), apodado "el oscuro", dijo que la *physis* es el **fuego**, que el fuego es *arjé*: "*todo procede del fuego y todo regresa al fuego, el cosmos consiste en fuego*". Aparece aquí la idea del ciclo cósmico y del eterno retorno (que luego desarrollarán los estoicos).

La oposición y la lucha está en el origen de todas las cosas y denomina *lógos* (razón) a la ley del universo que unifica este fluir en constante enfrentamiento: bajo la aparente contradicción y lucha permanece **una armonía oculta**.

4.2. Los filósofos de la Magna Grecia

Elea y Crotona son ciudades griegas en la Italia meridional o Magna Grecia. Allí surgieron dos corrientes de pensamiento, el pitagorismo y el eleatismo.

Pitágoras (570-496 a.C.) era de Samos (isla próxima a la costa jónica), pero desarrolló su actividad en la ciudad de Crotona, en la Magna Grecia. Fue fundador de una "comunidad religiosa" basada en la purificación del alma, en la amistad y en el carácter esotérico del saber (se prohibía la divulgación a los no iniciados).

Es difícil separar el pensamiento de Pitágoras del de su escuela, ya que sus discípulos solían atribuir sus propias doctrinas a su maestro. Dos son sus doctrinas fundamentales:

a) Doctrina del **alma**: el alma es inmortal (divina) pero se reencarna en los cuerpos (prisión), el alma busca el retorno al cielo y el abandono del ciclo de reencarnaciones mediante la purificación.

b) Doctrina del **número**: todo lo que hay es número, todo lo cognoscible tiene número. El **uno** (el punto) es lo que constituye todo lo que es tal como es, el uno es **arjé**.

Parménides de Elea (aprox. 540-470 a.C.) Parménides nació en Helea, polis situada en la Magna Grecia, extremo del mundo griego opuesto a la zona de Jonia, las ideas de Parménides no pueden ser más opuestas a las de Heráclito.

Parménides piensa que nada cambia, que todo permanece igual a sí mismo, que nada se multiplica ya que la multiplicación supone un cambio. Defiende por ello que lo que nos muestran los sentidos, un mundo diverso y cambiante, es falso. Los sentidos nos engañan en infinitas ocasiones, mientras que los razonamientos, si están bien contruidos, son verdaderos siempre. Entonces ¿por qué preferir lo que los sentidos nos muestran en vez de lo que la razón demuestra?. Lo razonable, entonces, argumenta Parménides es aceptar el veredicto de la razón. La **razón** nos hace ver que una cosa no puede ser ella misma y algo diferente (por ejemplo, un caballo no puede ser una seta, Pepe Perez no puede ser Berta López), entonces ¿por qué dar crédito a la sensibilidad cuando nos hace ver que las cosas dejan de ser ellas mismas para "convertirse" en otras? –cuando se multiplican o cambian-.

Lo razonable es mantener que nada cambia nunca, el universo todo es una entidad estática e inmutable y solo podemos conocer su verdadera naturaleza a través de la razón, la realidad es el **Ser**. Como vemos, en esta extraña concepción del universo tan alejada del sentido común y de nuestras experiencias cotidianas, la información sensible no tiene ningún crédito, mientras que la únicos datos relevantes para el conocimiento verdadero son las conclusiones a las que llega la razón, por eso vamos a considerar a Parménides, a partir de ahora, el primer representante del **racionalismo filosófico**.

4.3. Los últimos filósofos

Las ideas de Parménides y Heráclito eran totalmente opuestas, para el segundo todo cambia y los sentidos nos dan una información fiable, según el primero, la razón nos dice que nada puede cambiar y por lo tanto los sentidos nos engañan, ¿quién de ellos está en lo cierto?, ¿debemos fiarnos de la razón o de los sentidos?.

Los últimos filósofos de la naturaleza, que pertenecieron a la primera mitad del siglo V a.d.C, aceptaron las críticas de Parménides a los filósofos de Jonia, ninguno había conseguido explicar cómo de un solo elemento puede dar origen a la multiplicidad y diversidad de la naturaleza, lo mismo que un pez no se puede convertir en mariposa, Parménides piensa que el agua no se puede convertir en árbol o el fuego nunca puede dejar de ser fuego para transformarse, por ejemplo, en arena. A este problema irresuelto, el de cómo el arjé puede cambiar para convertirse en toda la naturaleza, lo llamaremos el **problema del cambio**.

Pues bien, los últimos filósofos presocráticos pensaban que Parménides tenía razón en sus críticas, pero estaban con Heráclito al mantener que, en la naturaleza todo fluye, y que hay que dar crédito a la información que nos aportan los sentidos, y que es la base de nuestros conocimientos. De modo que los cambios naturales se producen, pero...¿cómo explicarlos?.

Estos filósofos de la naturaleza solucionaron el problema del cambio señalando que tanto Heráclito como Parménides se habían equivocado en algo que dieron por supuesto sin planteárselo siquiera; que el Arjé está formado por un solo elemento. Un solo elemento no es capaz de originar, por sí mismo, toda la multiplicidad y variedad naturales, pero si mantenemos que el arjé está formado por una diversidad de elementos, entonces podremos explicar las transformaciones del mundo físico como el resultado de la infinita variedad de combinaciones posibles entre esos elementos básicos. Es decir, los elementos son siempre los mismos, pero pueden, al mezclarse, originar una gran diversidad de seres naturales, del mismo modo que un pintor puede tener cuatro o cinco colores básicos y mezclarlos de muchas formas para obtener cientos de colores diferentes.

Así pues, los filósofos posteriores a Parménides fueron pluralistas, defendían que el arjé estaba formado por varios elementos y que éstos, al combinarse, generaban todos los seres naturales. Cuando los seres desaparecen, es porque los elementos mezclados se han separado, de modo que en el fondo los elementos básicos nunca cambian ni se transforman, tal como pensaba Parménides, solo se unen o se separan.

Otra idea original de los filósofos pluralistas fue la de que para que los elementos originales se unan o se separen es necesaria la intervención de una fuerza exterior (del mismo modo que para que los colores básicos se unan y formen muchos colores es necesaria la acción del pintor), por ello todos estos filósofos mantuvieron que la solución al problema del cambio era postular:

- que el arjé está formado por una multiplicidad de elementos
- que estos elementos se mueven, uniéndose y separándose gracias a la acción de una fuerza externa a los propios elementos.

De entre todos los filósofos pluralistas vamos a destacar la figura de Demócrito de Abdera, que vivió en el siglo V a. d. C. Y que, con sus teorías causo un hondo impacto tanto en el grupo de Los Sofistas, grupo de filósofos contemporáneos y posteriores a él, y de Platón, ateniense del siglo IV a. d. C.

Demócrito era un **materialista**, pensaba que todo el universo estaba formado por materia, y que todos los fenómenos naturales se explican por causas materiales. El defendía que la

realidad está formada por una serie de partículas minúsculas de materia a las que llamó **átomos** (sin división), estas partículas son diferentes unas de otras en cualidades materiales como la forma, el color, el peso.... y “flotan” libremente en un espacio sin materia al que denominó “el **vacío**”. A diferencia de otros filósofos pluralistas, Demócrito no creía que hubiese una fuerza exterior a la materia que mezclase los elementos del arjé, al contrario él pensaba (y en esto se adelantó 2000 años a la física moderna) que la capacidad para moverse por sí mismos era una **cualidad propia** de los átomos, y que los átomos, al moverse en el vacío, chocaban entre sí de forma azarosa, de modo que se unían formando seres. Pero esta misma cualidad de movimiento propio también impulsaba a los átomos a separarse y a unirse de nuevo en un proceso infinito. De este modo se generan la variedad y multiplicidad de seres que pueblan el universo.

Demócrito fue un visionario, su teoría sobre la composición de los cuerpos es básicamente correcta, y eso que no contaba, para su trabajo científico, con más instrumento que su propia razón. Demócrito tenía una **concepción mecanicista** del universo, es decir, según él no hay ninguna intención en los procesos naturales; los átomos no chocan para formar seres, chocan por pura casualidad, impulsados por una fuerza interna, y es la casualidad el origen de todo lo que existe. Demócrito fue muy criticado en su época y más adelante (Platón) por este mecanicismo.

LOS SOFISTAS Y SÓCRATES

1. Los Sofistas

“En tal caso, oh ateniense, sabed que no hay nada en el mundo tan temible como la palabra: esta es un poderoso soberano, porque con un cuerpo pequeñísimo y completamente invisible consigue realizar obras profundamente divinas”
(Górgias de Leontini: Elogio de Helena)

En el siglo V a.d.C. Atenas es una joven democracia que se ha convertido en la polis más importante del mundo griego tanto en lo social como lo económico, político y cultural. Este auge se ve empañado por las continuas luchas con otros pueblos y rivalidades entre facciones dentro de la propia Atenas. Atraídos por el esplendor de esta ciudad llegan y se establecen personas provenientes de otros lugares, son los llamados “metecos” o forasteros que viven protegidos por las mismas leyes que los atenienses, pero no pueden participar en la vida política por su condición de extranjeros.

Algunos de estos metecos formaron escuelas filosóficas, se denominaron a ellos mismos “**sofistas**”, es decir “sabios”. En efecto, los Sofistas eran expertos en asuntos humanos, ya que habían sido grandes viajeros y eran “gente de mundo”, su **cosmopolitismo** les hacía valorar las cosas con una mirada amplia, y les convertía en “maestros”. Los Sofistas fueron los primeros “profesionales del saber”, ya que daban clases según un plan organizado, y cobraban por sus enseñanzas, y, a pesar de que no podían participar en la vida política, alcanzaron una gran influencia social a través de sus discípulos. Sus enseñanzas preparaban para alcanzar éxito en la polis, pretendían conseguir en sus alumnos la **Areté** o **excelencia**, es decir, que fuesen unos excelentes políticos, capaces de hablar bien en la asamblea, para ocupar los mejores puestos, y de ganar los pleitos en los tribunales.

Durante casi dos siglos los filósofos habían tratado de descubrir el secreto del universo, el Arjé, pero la reflexión sobre la naturaleza había llegado a un callejón sin salida, una mirada retrospectiva muestra que en relación al Arjé los filósofos eran incapaces de

ponerse de acuerdo, lo más probable –pensaron los Sofistas- es que sea imposible llegar a un acuerdo porque sea lo que sea, el Arjé resulta demasiado difícil de conocer para el hombre. Así, aunque los sofistas coincidían con los filósofos presocráticos en la idea de que las cosas pueden explicarse sin recurrir a los dioses, también estaban convencidos de que era imposible encontrar una respuesta segura a los misterios de la naturaleza y del universo. A este punto de vista se le denomina, **escepticismo**.

Al tiempo que se declaraban incapaces de encontrar el Arjé, los Sofistas volvieron la mirada hacia la realidad más próxima: el ser humano. Era necesario cambiar la perspectiva filosófica, porque el hombre y las relaciones que establecemos unos con otros y su reglamentación, se habían vuelto problemáticas.

Las antiguas reglas del juego social, las leyes del sistema aristocrático, eran indiscutibles, ya que habían sido establecidas por los dioses, pero en un sistema democrático las leyes las determinamos los hombres, y los hombres las podemos cambiar a conveniencia. Por otra parte, en un sistema aristocrático, la posición social de una persona viene definida por su nacimiento y es invariable mientras que en la democracia cualquier persona, sea cual sea su origen, puede, en función de sus méritos sociales, alcanzar el poder. Esta nueva situación incitó a los Sofistas a reflexionar sobre el funcionamiento de la sociedad democrática.

Era lógico, pues estos filósofos, viajeros y cosmopolitas, eran expertos en asuntos humanos. Conocían las leyes y las constituciones de diversas polis, las costumbres y modos de vida más variados, sabían que en el Ágora, el orador más convincente era el que conseguía imponer sus puntos de vista, y que en los juicios, en los que cada uno tenía que hablar por sí mismo para defender sus propios derechos, tanto acusadores como acusados, la habilidad de una persona al argumentar garantizaba su éxito.

Los Sofistas fueron maestros en **retórica**, es decir en el arte de refutar, persuadir y convencer con la palabra. Fueron grandes oradores, utilizaron todos los textos de los poetas, enriquecidos con profundos estudios de gramática, fomentaron el enciclopedismo con el manejo de la historia, las ciencias, las matemáticas y la astronomía. Daban clases a través de lecciones magistrales y discursos, elevando la prosa a un nivel desconocido hasta entonces, no es de extrañar que se encargasen de la formación de la mayoría de los hijos de las familias ilustres de Atenas, quienes luego habrían de orientar su carrera hacia la política. Y es que los Sofistas, a diferencia de lo que habían hecho todos los filósofos anteriores, cobraban por sus enseñanzas. Hasta el momento la “sofía” se había considerado una especie de “hobbie” desinteresado, pero los Sofistas eran conscientes de que, con sus enseñanzas, ayudaban a los Atenienses a alcanzar el poder político, entonces, puesto que sus alumnos no acudían desinteresadamente a las escuelas de los Sofistas, estos maestros cobraban (a veces verdaderas fortunas) por impartir clases.

Esta actitud ante la sabiduría les hizo objeto de numerosas críticas sobre todo por parte de los filósofos, llamémosles, “tradicionales”. Una de las críticas más furibundas fue la de aquellos que les acusaban de vender su saber al mejor postor. Los Sofistas enseñaban a argumentar para convencer, y no hay nada de malo en ello si con nuestros argumentos queremos defender medidas políticas benéficas para todos, pero la habilidad en la argumentación es un arma peligrosa en manos de quien defiende sus propios intereses en detrimento de los de los demás.

De estas acusaciones, los Sofistas se defendían con argumentos **relativistas**. ¿Existe de verdad algo que sea bueno para todos?. La experiencia de sus viajes y su profundo conocimiento de la naturaleza humana les había convencido de que “El hombre es la medida de todas las cosas” (Protágoras), es decir, de que todo es relativo, y lo que resulta conveniente en una ocasión puede ser muy nocivo en otra, lo que es considerado inmoral

para un grupo humano, puede ser motivo de alabanza para otro, de modo que tampoco en el ámbito humano hay verdades absolutas (**escepticismo**) y todo es relativo a lo que cada persona considere oportuno según las circunstancias (**relativismo**). Y esto es así, además porque no hay dioses, y, consecuentemente, nada en los asuntos humanos está establecido de un modo absoluto y para siempre.

2- La filosofía de los Sofistas

En el pensamiento filosófico de los Sofistas podemos distinguir dos épocas; un periodo que vamos a denominar de "**optimismo**" anterior a la guerra del Peloponeso (contra Esparta, 431- 404 a.d.C.), que fue un fracaso y arruinó la economía ateniense. Los principales representantes de esta primera época fueron **Protágoras de Abdera** y **Górgias de Leontini**. Hubo un segundo periodo de "**pesimismo**", posterior a la guerra del Peloponeso y que alcanzó a la vida de Platón. Durante este periodo, Atenas sufrió una gran agitación social y política, que culminó con la instauración de la tiranía (en el 404-403 a.d.C.), y en la posterior vuelta del sistema democrático. El regreso de la democracia no fue pacífico, Sócrates pagó con su vida el espíritu de revancha política de una democracia corrupta. Algunos representantes de este segundo periodo fueron **Calicles** y **Trasímaco**.

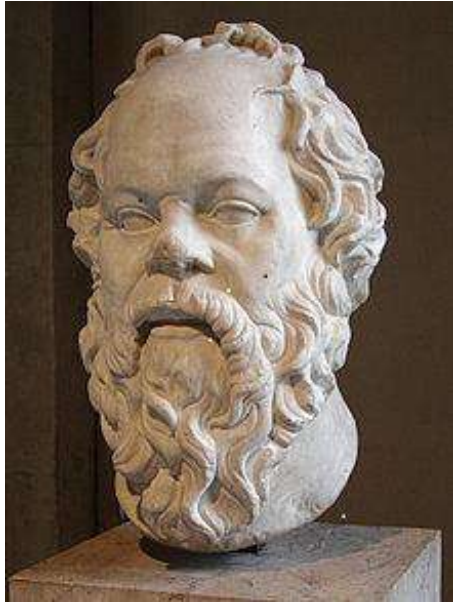
Los Sofistas centraron sus discusiones filosóficas en torno al concepto de "**nomos**" o ley social, les interesaba aclarar cuál es su fundamentación, es decir, la relación que existe entre las normas sociales y la naturaleza humana. Los diversos puntos de vista que adoptaron sobre este problema, explica porque unos Sofistas consideraban las normas sociales como algo positivo y beneficioso para la humanidad, mientras que otros argumentaron que el **nomos** se opone a la verdadera naturaleza del hombre.

Los Sofistas optimistas, de la primera época, pensaban que las leyes humanas son positivas, Protágoras defendía que el **nomos humaniza** al ser humano, diferenciándolo de las bestias y haciendo posible nuestra supervivencia en un medio natural, frente al cual son nuestra mejor defensa. Las leyes posibilitan la convivencia entre los hombres y resuelven eficazmente sus necesidades. Protágoras era relativista, pensaba que cuando las necesidades humanas cambian, los hombres cambiamos las leyes de modo que no existen normas fijas, al contrario de lo que ocurre en la naturaleza. **Gorgias**, defensor del escepticismo, razonaba que, puesto que todo es relativo, la función del lenguaje es seducir y convencer, así podremos variar las leyes a nuestra conveniencia.

Los filósofos de la segunda generación asistieron al lamentable espectáculo de la corrupción política de Atenas y sacaron sus propias conclusiones acerca de la naturaleza del **nomos**. **Calicles** argumentó que las leyes sociales estaban establecidas contra la verdadera naturaleza del hombre, la naturaleza nos ha hecho diferentes unos de otros, pero las leyes nos tratan como si fuésemos iguales, favoreciendo así a los más débiles. En realidad lo que ocurre es que, en la polis, el que es más hábil y astuto en el manejo de la oratoria, se convierte en el más poderoso. De modo parecido, **Trasímaco** defendió la idea de que la verdadera naturaleza humana nos impulsa a buscar el placer y el dominio sobre los demás. La ley social se opone a estos instintos naturales, por ello, piensa Trasímaco, solo los más audaces saben sortearlas para satisfacer sus impulsos naturales.

Como vemos, con su defensa del relativismo y del escepticismo, los Sofistas, sobre todo los últimos, sancionaban la corrupción política, esto escandalizó profundamente a Sócrates, y a su discípulo Platón, que defendieron la moralización de la vida política.

3. Vida de Sócrates:



Busto de Sócrates en el Museo del Louvre

Sócrates (470-399 a. d. C.) es uno de los filósofos más enigmáticos de todos los tiempos. No dejó nada escrito, pero sus ideas han causado una honda influencia en la filosofía occidental, es por ello por lo que cuando Nietzsche, en el siglo XIX, quiere hacer un “ajuste de cuentas” a los desvaríos del pensamiento filosófico de occidente, comienza sus críticas atacando a Sócrates.

Se sabe de Sócrates que era un ateniense de origen plebeyo, su padre era escultor y su madre comadrona o **mayeuta** (oficio de gran prestigio en la época). Fue un soldado valiente en su juventud y un adversario político temible en su madurez. Muy crítico con la situación política ateniense, planteaba en la Asamblea cuestiones relacionadas con la justicia, el sentido del deber y el respeto a la ley.

Por su mordacidad e ironía, sus intervenciones políticas eran sumamente polémicas. Se dedicó a discutir, dialogar e incordiar (le llamaban “el tábano”) y se convirtió así en un ciudadano que incomodaba a muchos. No dejó a nadie indiferente, y lo mismo fue caricaturizado por Aristófanes (en su comedia “Las Nubes”), que ensalzado como el mejor de los filósofos por Platón y Aristóteles.

A consecuencia de sus denuncias públicas de la corrupción ateniense y debido a sus amistades con alguno de los aristócratas que formaron parte de la tiranía, se granjeó enemigos importantes. Le acusaron de negar los dioses de la polis (siendo Sócrates devoto del dios Apolo) y, consecuentemente, de corromper a la juventud con doctrinas extrañas. Fue declarado culpable por un jurado de 500 miembros por una escasa mayoría y condenado a muerte. En realidad se trataba de una revancha política, que revelaba lo que Platón denunció como una profunda incompreensión de su innovadora filosofía.

Sócrates podía haber suplicado clemencia o incluso haber huido de Atenas (estrategia tolerada por la propia ciudad, como en el caso de Anaximandro), pero él se negó tajantemente, tal era su respeto por la ley y por sus propias convicciones que prefería la muerte a ir en contra de su conciencia.

Sócrates murió tras beber una copa de cicuta, no sin antes haber anunciado a sus desconsolados discípulos (entre ellos el joven Platón), que la muerte era para él un final, sino el inicio de una vida mejor.

4. Sócrates frente a los Sofistas:

Al igual que los Sofistas, Sócrates se interesó por los problemas que surgieron al hilo de la convivencia democrática. De hecho, Sócrates era un demócrata convencido que contemplaba con profunda irritación los perniciosos efectos que el escepticismo y el relativismo defendidos por los Sofistas, estaban generando en la vida política ateniense. Por ello, a pesar de preocuparse por los mismos temas que interesaban a los Sofistas, Sócrates no se consideraba uno de ellos, sus puntos de vista sobre las cuestiones humanas y políticas eran diametralmente opuestos a la de los Sofistas.

Para empezar, Sócrates no se consideraba a sí mismo un “sabio”, sino un “aspirante a sabio” o “amante de la sabiduría”, de modo que, para oponerse a los Sofistas, con

frecuencia se “hacia el ignorante” (“solo sé que no sé nada”, decía), pero más de una vez, con sus preguntas mordaces y su ironía, puso en aprietos a los más reputados sofistas.

En segundo lugar, a diferencia de los Sofistas que vendían su supuesta sabiduría superior a ignorantes adinerados, Sócrates, cuando trataba con sus discípulos, se consideraba un hombre más entre hombres. Esto era así por su peculiar forma de concebir el saber y la enseñanza; veamos:

1. Sócrates negaba el relativismo de los Sofistas, sostenía que existe una sola verdad, que esta es difícil de conocer, y que esta dificultad era la causa de que los arrogantes sofistas hayan desistido de buscarla. Pero Sócrates estaba convencido de que la verdad puede ser conocida por todos los hombres, ya que todos estamos dotados de razón y esta razón nos capacita para conocer como son las cosas en realidad, su esencia, su verdad (Sócrates era **racionalista**). Conocer la verdad de las cosas no sólo es posible, es, además una exigencia insoslayable.
2. Pero ¿de qué modo hay que razonar para encontrar la verdad? Sócrates propone la **inducción** como modo de razonamiento del siguiente modo: si quiero saber qué es la belleza (no mi idea personal y subjetiva de belleza, sino la Belleza objetiva, como “realidad en sí”) debo reflexionar sobre los casos particulares en los que encuentro belleza, por ejemplo un bello paisaje, una bella escultura o un hombre o mujer guapos, a partir de ahí y a través de un diálogo puedo concluir que es lo que tienen en común todos estos casos hasta dilucidar qué es o en qué consiste la Belleza.
3. Sócrates creía que todos los hombres estamos igualmente dotados de razón y de una “verdad interior” que todo el mundo puede conocer si razona adecuadamente. Para él el trabajo del maestro consistiría en ayudar a cada uno a “dar a luz” esta verdad interior a través del diálogo. De este modo frente a los grandes discursos magistrales de los Sofistas, Sócrates prefería una agradable conversación entre maestro y discípulos en la que el maestro iba orientando los razonamientos de los discípulos para que con su ayuda estos últimos pudiesen alcanzar esta verdad. A este método de enseñanza Sócrates lo denominó la “**maieutica**”, en honor al oficio de su madre: no es la comadrona la que pare al niño, simplemente ayuda en el parto, del mismo modo Sócrates consideraba que su misión era ayudar a cada uno a sacar de su interior la verdad.

La verdad debe ser encontrada sobre todo en lo que atañe a la moral, el bien o la Justicia. Estos no son conceptos que puedan quedar al arbitrio de cada uno, son realidades objetivas que pueden y deben ser conocidas, y esto es así porque Sócrates identificaba conocimiento y virtud ética: conocer el bien nos capacita para ser buenos, y sólo se puede actuar correctamente y con justicia si se sabe lo que es la justicia y el bien. A esta identificación de rectitud moral o virtud y conocimiento se le denomina **intelectualismo moral**, y se justifica del siguiente modo: igual que un hábil y buen zapatero hará buenos zapatos, una persona que conozca el bien no tendrá más remedio que actuar bien.

Para combatir la situación de corrupción política cotidiana en Atenas, Sócrates defiende la moralización de la vida social, es decir, que la **areté** o excelencia que los Sofistas cultivaron en el ámbito político fuese sobre todo una areté o excelencia **moral**: la virtud, ya que según Sócrates, para que uno pueda ser un buen político (o un político excelente) previamente uno ha de ser una buena persona (moralmente excelente).

Y es que la moral es, ante todo, una cuestión personal. Cada uno de nosotros es el artífice de nuestra propia existencia, de cada uno depende nuestra propia felicidad, pues no podemos ser felices si actuamos en contra de nuestras propias convicciones. El que sabe cómo se llega a ser un hombre feliz intenta serlo, del mismo modo que el que sabe lo que está bien, actuará bien ya que, razona Sócrates, ninguna persona desea ser infeliz.

Aun así, hay personas que son malvadas, tiránicas, interesadas e injustas, actuando así se corrompen y son profundamente infelices. Esto ocurre porque, se equivocan respecto a lo que es bueno y justo, no saben lo que es el bien y la justicia y las confunden con otras cosas. De modo que según el intelectualismo moral nadie hace el mal a sabiendas, por lo que no hay personas malvadas, solamente ignorantes.

Vemos que, para Sócrates la verdad sobre el bien, la justicia y demás virtudes morales debe ser encontrada para hacer posible la **felicidad personal**, pero luego este conocimiento se proyectará en las actuaciones públicas de cada uno y así la virtud moral presidirá la vida social, acabando con la corrupción política.

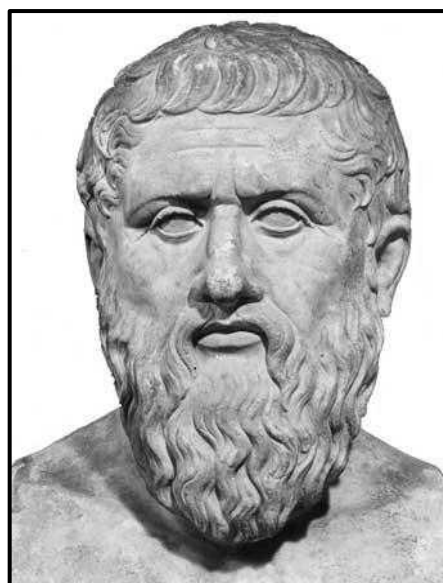
La idea socrática de que el conocimiento determina la virtud, el intelectualismo moral, fue en distinto grado compartido por Platón y Aristóteles. Todos ellos defendieron que la conducta, la buena conducta está guiada por la razón, así que los sentimientos, que son la fuente de las pasiones y de la mala actuación deben ser sometidos a la razón. Los filósofos griegos, en general, compartían la idea de que la razón nos hace buenos. Esta idea establece límites a la libertad humana, ya que, en definitiva, nadie podía desear ser malo, como hemos visto, para Sócrates no existe la mala voluntad, solo la ignorancia.

PLATÓN

1- El proyecto político de Platón:

Platón (428-348 a. d. C.), discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, es el primer gran filósofo de la antigüedad, los problemas filosóficos que trató (y no resolvió), su rigor intelectual y su compromiso con la realidad social en la que vivía, han sido fuente de inspiración para toda la filosofía posterior.

Platón no pudo ser más distinto de su maestro, era descendiente de reyes y nobles, tenía vocación política pero abandonando prontamente cualquier simpatía con la democracia, persiguió un sistema político alternativo de corte aristocrático. Escribió numerosas obras en las que intentó reflejar, en principio las ideas de su maestro, y más adelante, en su madurez, las suyas propias. Sin embargo siempre se consideró heredero de su maestro. Toda su vida y toda su obra tuvieron como objetivo instaurar un sistema político en el que jamás se pudiese condenar a muerte a un hombre justo. Por lo tanto la filosofía platónica puede ser interpretada como un proyecto político que impida la corrupción de los ciudadanos, aunque es mucho más que eso.



Platón viajó en tres ocasiones a la isla de Siracusa (actual Sicilia), invitado por los reyezuelos locales que deseaban aprender de su filosofía. Platón intentó que éstos (Dionisio I, Dionisio II, y el usurpador tío de éste último, Dión) llevaran a la práctica sus ideales políticos, pero fracasó y se pudo dar por contento con regresar vivo a Atenas, tras haber sido aprisionado y hecho esclavo. En más de una ocasión fue liberado por sus amigos los pitagóricos, precisamente en honor al pitagorismo escribió en el dintel de la puerta de su escuela de filosofía la leyenda “no entre aquí quien no sepa matemáticas.

En esta escuela, llamada “**la Academia**”, trataba Platón de propagar sus ideas filosófico-políticas entre sus alumnos: él no creía que el sistema democrático fuese un buen sistema político, ya que en una democracia puede gobernar cualquiera, pero, se pregunta Platón ¿están todos los ciudadanos igualmente preparados para gobernar bien?. Platón sostenía que solo puede gobernar bien quien conozca lo que es el bien, de este modo reflejaba en sus ideas filosóficas el intelectualismo moral de Sócrates, dándole un sentido político. Pero, a diferencia de su maestro, Platón no creía que todo el mundo pudiese llegar a conocer lo que es el bien o la justicia, quizás por su origen aristocrático o por la influencia de sus amigos pitagóricos (o por ambas cosas) platón no creía en la igualdad entre la gente. Pensaba que sólo unos pocos tienen una capacidad innata para conocer lo que verdaderamente es el bien y la justicia, ellos son los que deben gobernar y la obligación del resto de los ciudadanos es guiarse por los justos dictámenes de estos “sabios”. Entendámonos: para Platón, dejar que cualquiera gobierne la ciudad es lo mismo que dejar que cualquiera haga los planos de una vivienda o que el primero que llegue realice una operación quirúrgica a corazón abierto. La operación más delicada es, según Platón, el gobierno del estado, y esta tarea requiere unos gobernantes especialmente preparados para tan difícil misión. En su Academia, y en Siracusa, Platón trató de formar este tipo especial de sabios-gobernantes, pero al final de su vida tuvo que reconocer que tal vez fuese imposible llevar a la práctica su proyecto político, esta sospecha le causó una honda aflicción que se refleja en el pesimismo de sus últimas obras.

2- La obra de Platón:

Platón dejó veintisiete obras escritas, denominadas “diálogos”, ya que en ellas se exponen las ideas filosóficas por medio de conversaciones. Se trata de una especie de “teatro filosófico”, en el que intervienen siempre los personajes de Sócrates, como protagonista y sus discípulos. Estos diálogos filosóficos están a menudo salpicados de bromas, encuentros por la calle, anécdotas y chismorreos, con lo que nos muestran un hermoso reflejo de lo que era la vida cotidiana de Atenas. Platón quiso, con estos diálogos, rendir un homenaje a la “mayéutica” de su maestro y divulgar sus ideas de un modo ameno.

Tradicionalmente se han dividido estos diálogos de acuerdo con las etapas en las que evolucionó su pensamiento, así tenemos:

a) **Diálogos socráticos de juventud** (399-389):

Tras la muerte de Sócrates, Platón y algunos discípulos se refugian en Megara, donde permanecen unos tres años. Después hace algunos viajes a Egipto y probablemente a Italia. En esta época mantiene total fidelidad a las enseñanzas de Sócrates. Su principal interés es divulgar y legar a la posteridad el pensamiento de su maestro. La **virtud** será su tema central. **Obras: Apología de Sócrates** (defensa de Sócrates ante el tribunal que lo condenó a muerte), **Critón** (donde Sócrates explica por qué se niega a escapar de la

cárcel), **Laques** (sobre el valor), **Cármides** (sobre la templanza), **Lisis** (sobre la amistad) **Eutifrón** (sobre la piedad), **Ion** (sobre la poesía) y **Protágoras**, el más importante, donde se plantea si la virtud puede ser enseñada y se perfila el concepto socrático de la virtud como forma de saber.

b) **Diálogos de transición** (388-385):

Platón viaja a Italia y entra en contacto con algunos pitagóricos célebres, cuyo influjo será considerable (inmortalidad y transmigración del alma, vida comunitaria de los filósofos, temas cosmológicos, importancia de las matemáticas, música, etc.). Después marcha a Sicilia, donde conoce al cuñado del tirano que allí gobernaba (Dionisio I de Siracusa). Criticó, parece, la vida escandalosa y fastuosa de la corte, motivo por el cual parece que Dionisio lo vendió como esclavo. Un amigo -Anniceris de Cirene- lo rescató y consiguió volver a Atenas. Allí funda la **Academia** (estaba cerca del templo dedicado al héroe Academos), inspirándose en parte en las comunidades filosóficas pitagóricas. Por su estilo y funcionamiento, puede considerarse la primera universidad occidental. Mantuvo su actividad hasta el año 549 de nuestra era. En estos diálogos predominan los **problemas políticos** -enfrentamiento de Sócrates con los sofistas y contra la democracia-. Se nota la influencia del pitagorismo y de algunas corrientes religiosas como el orfismo (en el tema de la preexistencia del alma). Los diálogos más importantes de este periodo son: El **Gorgias** que trata sobre la retórica y la justicia, e incluye una crítica contra la democracia ateniense y un mito sobre la inmortalidad. El **Menón** donde analiza también si la virtud puede ser enseñada, se plantea la inmortalidad del alma y apunta la idea del conocimiento como reminiscencia y el **Crátilo** en el que al hilo de un debate sobre la naturaleza y la convención, aparece por primera vez esbozada, la **teoría de las Ideas**

c) **Diálogos de madurez** (385-370)

Platón dirige su Academia, en Atenas. En esta época elabora su **teoría de las Ideas** y una teoría completa del **Estado**. Presenta a Sócrates mucho más convencido de sus ideas como, poseedor de la verdad. Es ahora cuando Platón redacta sus principales mitos. **Diálogos fundamentales:** el **Banquete** (teoría platónica del amor y de las Ideas); **Fedón** (diálogo de Sócrates en la cárcel sobre la inmortalidad del alma y la filosofía); **La República** (el más extenso, sobre el Estado y las principales reflexiones de la filosofía); el **Fedro** (sobre el amor, la belleza y el alma).

4. **Diálogos críticos** (369-362)

Vuelve a Siracusa con la esperanza de poder poner en práctica sus ideas sobre el Estado, muerto ya el tirano Dionisio I. Acusan de conspirador al protector de Platón y éste permanece dos años prisionero en Siracusa, antes de poder volver a Atenas. Ahora, sus diálogos son bastante críticos respecto a sus teorías anteriores. El estilo es más difícil y presta mayor atención a los problemas lógicos. Desaparecen los mitos (excepto uno contenido en **el Sofista**). Otros diálogos: **Parménides** (una autocrítica a la Teoría de las Ideas), **Teeteto** (una búsqueda infructuosa sobre el conocimiento). Se deslindan los conceptos filósofo-político y Sócrates deja de ser el personaje principal

5. **Últimos diálogos** (361-347):

Platón vuelve a Siracusa otra vez y de nuevo lo embrollan y termina hecho prisionero. Vuelve a Atenas gracias a la mediación de otro amigo influyente. Abandona las cuestiones metafísicas y se interesa por la **cosmología** (con influencia del pitagorismo) y la **historia**. Políticamente, se vuelve **más duro y conservador**. **Diálogos:** los diálogos más importantes en este periodo son el **Timeo** (una cosmología inicial e historia del universo, con todos los conocimientos de la época) y **Las Leyes** (sobre la ciudad ideal con las leyes ideales, que no pudo revisar ni pulir porque le sorprendió la muerte). Sorprende en este diálogo su pesimismo e intolerancia, derivados probablemente de su desilusión ante el fracaso de tantos proyectos como inició.

3 -Ontología platónica

3.1-Introducción:

La filosofía griega estudiada hasta el momento puede ser dividida en dos épocas: la de los Presocráticos, cuya reflexión se centró en torno a la Physis y el arjé, y una segunda, la de los Sofistas y Sócrates que se caracteriza por que el pensamiento filosófico trata sobre la noción de nomos, es decir, hay una preocupación ético-política.

Platón va a unir, en su filosofía, ambas líneas temáticas, la naturaleza y el ser humano, ya que aunque en ámbitos distintos el problema es el mismo, veamos: la discusión sobre la naturaleza de los presocráticos había tropezado con un problema de difícil solución: **el problema de la multiplicidad y el cambio**. Los presocráticos, a partir de Parménides encuentran distintas soluciones a esta cuestión, soluciones que a Platón le parecen poco convincentes, sobre todo la de Demócrito. Recordemos que Demócrito había concluido que la multiplicidad y diversidad naturales tienen su origen en choques azarosos entre átomos, pero ¿cómo – se pregunta Platón- puede provenir del azar un universo ordenado y armonioso?. Por otra parte, la solución de Demócrito cerraba las puertas a cualquier conocimiento racional de la realidad, porque el azar es inexplicable.

Precisamente esta descorazonadora conclusión había conducido a los Sofistas a abandonar cualquier especulación sobre la Physis y a centrar su filosofía en temas sociales y políticos, pero en este otro ámbito la panorámica es también desoladora. Los Sofistas, con su escepticismo y su relativismo en relación a las normas y los valores defienden que todos los puntos de vista son válidos y que no existe ninguna verdad, con lo que la discusión racional sobre las normas queda también bloqueada en un cínico "todo vale".

Para Platón se trata de dos versiones diferentes del mismo problema, la defensa de una visión de la realidad, tanto natural como social presididas por el cambio y la multiplicidad y en la que no hay elementos comunes que permitan dar razón del porqué de esa diversidad y esa pluralidad. En el ámbito de la naturaleza no hay una realidad única de la que provenga la diversidad naturales y en el ámbito humano no hay unas normas comunes que puedan orientar la vida del ciudadano y la convivencia armoniosa dentro de la polis. De modo que la defensa de una realidad múltiple y cambiante (tal como la muestran los sentidos) nos impide encontrar a) una explicación al mundo físico y b) unos valores sociales y morales comunes que permitan la convivencia entre los hombres.

Por eso Platón, en su filosofía tratará de hallar una explicación a la realidad natural y humana basada en afirmación de que existen unas realidades verdaderas, objetivas, inmutables y racionales que son el fundamento, tanto de la existencia de la multiplicidad de los seres naturales, como de las normas y valores objetivos que deben dirigir la conducta humana. Estas realidades serán además un modelo de entidad perfecta e incorruptible a seguir por la organización política de la comunidad humana.

3.2- las Ideas:

Para Platón el mundo natural es una realidad contradictoria, por un lado está presidida por la armonía y la belleza, influido por el pitagorismo, Platón apreciaba la proporcionalidad matemática existente en los fenómenos naturales, su regularidad, su armonía y belleza, esta perfección natural le hizo pensar en el bien como una cualidad común a todas las cosas que son perfectas, por eso en la naturaleza, Platón encuentra que, en mayor o menor medida, las cosas están bien hechas. Pero la naturaleza también nos muestra su lado oscuro e imperfecto, los seres naturales degeneran y se corrompen, la

muerte, el desequilibrio y la fragilidad parecen presidir el mundo natural, haciendo que todo cambie de forma incomprensible. ¿Cuál es la razón de ésta contradicción?

Para resolver esta cuestión Platón desarrolla una teoría filosófica sobre la constitución del universo o **teoría ontológica**, en la que afirma que el universo está formado por dos tipos de realidades, una material, compuesta por seres físicos, y una inmaterial, en la que hallamos modelos formas o representaciones ideales de los seres: las **ideas o esencias**.

Veamos esto con un ejemplo: en el mundo físico existimos una infinidad de seres humanos, según Platón existiría un mundo inmaterial de esencias o “ideas” en el que habitaría una “forma” o “esencia ideal” del ser humano, su realización perfecta, la “idea” de ser humano. Resultaría así, que todos los hombres y mujeres que existimos en el mundo físico o material, somos solamente “copias” o “representaciones” de esta idea. Platón lo explica afirmando que todo ser físico está formado por la plasmación, en un soporte material, de una forma ideal o arquetipo, es como cuando un escultor “copia” en un trozo de barro la figura de un modelo. Un mismo modelo puede ser copiado infinidad de veces en el barro, el barro es amorfo hasta que el artista imprime en él la “forma” del modelo. Bien, pues del mismo modo, los seres físicos somos copias, en una materia preexistente de las distintas formas, ideas o modelos, perfectos y “divinos” que existen en un mundo distinto al mundo material; un mundo bellísimo de esencias inmutables y perfectas, el **mundo de las ideas o mundo trascendente**. Debe quedar claro que, cuando Platón utiliza el término “idea” no le está dando el mismo sentido que nosotros le damos en la actualidad. Para Platón las ideas son realidades “en sí”, que existen fuera de nuestra mente como elementos independientes del hecho de que lleguemos o no a pensar en ellos (es decir, para Platón la idea de ser humano seguiría existiendo como realidad aunque, debido a un cataclismo nuclear, por ejemplo, desapareciésemos de la faz de la tierra todos los seres humanos).

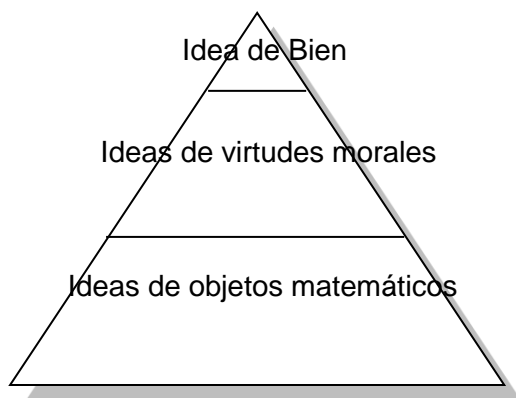
Sigamos con el ejemplo: aunque un artista sea capaz de plasmar con una perfección absoluta la forma del modelo en el barro, la figura de barro resultante nunca igualará al original que ha copiado, pues el barro puede tener grumos o agrietarse durante el proceso de secado de la figura. Del mismo modo los seres que poblamos el mundo físico nunca podremos igualar la belleza y perfección de las ideas, ya que la materia de la que estamos hechos nos llena de imperfecciones.

De modo que para Platón el universo está formado por dos mundos; el mundo perfecto de las Ideas o esencias y el mundo imperfecto de seres materiales que “reflejamos” estas esencias. A esta forma de entender la realidad se la denomina **Dualismo ontológico**, ya que se basa en la existencia de dos mundos, y que a) un mundo (trascendente) es perfecto y el otro (inmanente) imperfecto, y b) un mundo (trascendente) es real y verdadero, mientras que otro (inmanente) es un mundo de falsas copias o apariencias.

3.3- ¿Qué tipo de ideas hay en el mundo de las ideas?

Esta es una cuestión a la que Platón nunca le dio una respuesta definitiva. En principio podríamos pensar que cualquier ser del mundo físico tiene un “molde” u original en el mundo de las ideas, que comparte con todos los seres de su mismo tipo (todos los seres humanos compartimos la idea de “ser humano”). Pero en el mundo físico también existen realidades “innobles”, que no pueden ser el reflejo de una realidad en el mundo de las ideas, ya que éste, se supone, es bellísimo y perfecto. Así que el mundo trascendente sólo puede estar poblado por ideas que comprenden perfecciones de algún tipo, por ejemplo las de justicia, belleza, armonía y demás ideas de virtudes morales. y sobre todas ellas la idea de Bien, a la que Platón sitúa, jerárquicamente en la cúspide del universo ideal, ya que lo que tienen en común todas las ideas es que todas ellas son “buenas”. Influído por el pitagorismo Platón incluye en el mundo trascendente a las ideas de “objetos matemáticos”,

es decir al mundo de los números y de las relaciones y proporcionalidades numéricas, que son armónicas y bellas, ya que estas relaciones parecen presidir el mundo físico y le dota de armonía.



Esquema de la jerarquía de las Ideas, según Platón.

Las ideas son el patrón o molde con el que se “construye” el mundo físico, todo lo que de bueno y perfecto hay en este último proviene de las ideas que reflejan, y todo lo que en él hay de malo o imperfecto tiene su origen en la materia a la que estos patrones (las ideas) se han aplicado.

La ontología platónica divide la realidad en dos mundos con características opuestas:

<u>Mundo trascendente.</u>	<u>Mundo inmanente</u>
• RACIONAL	SENSIBLE
• VERDADERO	FALSO
• BUENO	MALO
• De ESENCIAS	de APARIENCIAS
• PERMANENTE	CAMBIANTE
• ESTÁTICO	en continuo MOVIMIENTO
• INMATERIAL	MATERIAL
• INDIVISIBLE	DIVISIBLE
• PERFECTO	IMPERFECTO
• INCORRUPTIBLE, ETERNO	CORRUPTIBLE

4- El conocimiento y el alma

4.1-El dualismo epistemológico:

De mismo modo que la realidad está dividida en dos mundos, uno inmaterial y perfecto de esencias inmutables y otro material de seres imperfectos, siempre cambiantes, Platón cree que los seres humanos también estamos divididos en dos: poseemos un cuerpo material y un alma racional. Los órganos de los sentidos (la vista, el oído, el olfato...) se encuentran en nuestro cuerpo y captan las apariencias sensibles y variadas y variables de las cosas. Pero si queremos conocer lo que “de verdad” son las cosas, tendremos que ir más allá de las apariencias y buscar la esencia, pero ésta no puede ser percibida, sino pensada con la razón, con el alma.

Según Platón, la racionalidad humana que le permite alcanzar el verdadero conocimiento, no se encuentra en el cuerpo humano, que es de naturaleza material y sólo

nos permite acceder a la contemplación del mundo material, sino en un elemento inmaterial que acompaña a todo ser humano y lo distingue como tal: el alma, que nos permite comprender y razonar. La sensibilidad no es el camino adecuado para conocer las esencias o ideas de las cosas, ya que los sentidos sólo pueden emplearse en la captación de la realidad material, a la que pertenecen. Platón explica, que tratar de conocer las ideas con los sentidos es como si quisiéramos ver con los oídos; no es el órgano adecuado para la función que se quiere desempeñar. El órgano adecuado para conocer las esencias es el alma inmaterial, que para Platón, tiene una función racional.

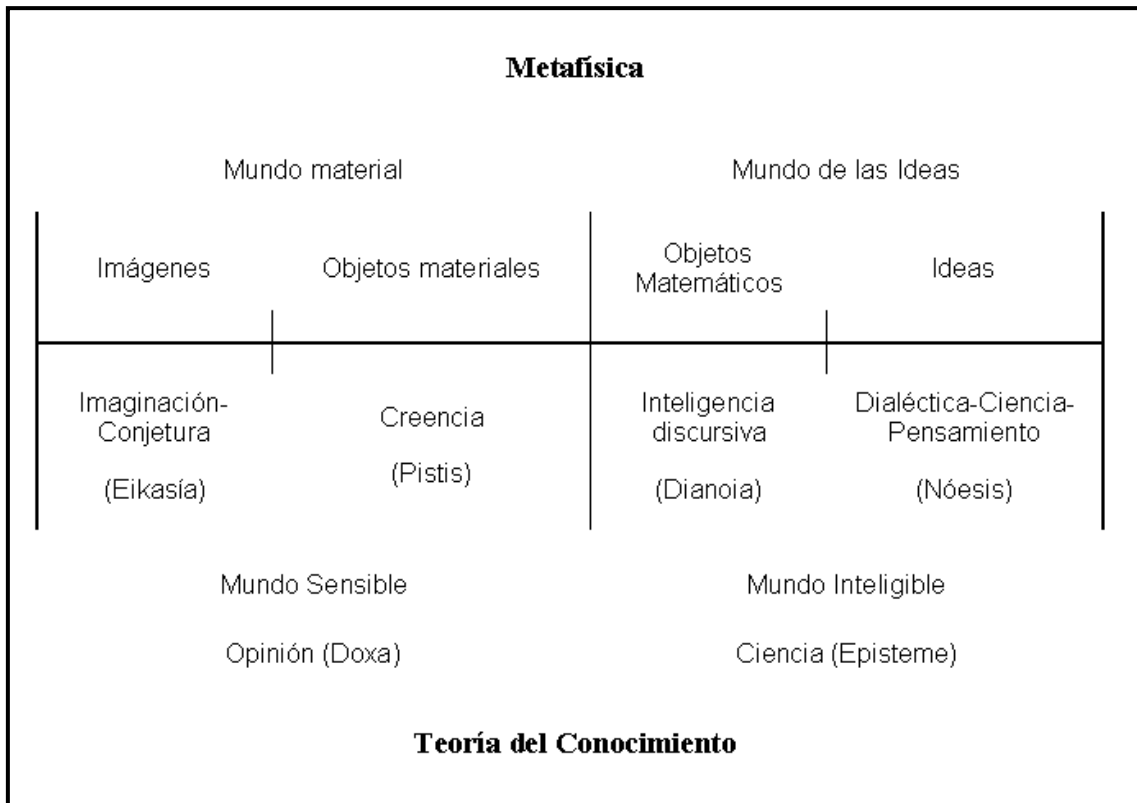
Por lo tanto todos los seres humanos estamos formados por un cuerpo material y físico, que es fuente de percepciones sensibles y un alma inmaterial, que es de naturaleza racional y que es fuente de conocimiento intelectual, así que mientras que el cuerpo siente, el alma piensa y comprende.

4.2- La analogía de la línea

De acuerdo con las ideas de su maestro Sócrates, Platón piensa que todos nosotros estamos dotados de razón, y, en principio, todos estaríamos capacitados para conocer las ideas de las cosas. Sin embargo, en todos nosotros el alma está unida a un cuerpo material que, frecuentemente, con su mundo de sensaciones “ciega” a el alma, impidiéndole vislumbrar la verdadera realidad. Hay muchas personas que se conforman solamente con el conocimiento limitado de las cosas que nos ofrecen los sentidos, sin ir más allá, sin intentar buscar lo que hay detrás de las apariencias. Pero el filósofo, el que busca la sabiduría y la verdad, siente el impulso y la necesidad de investigar qué hay más allá de la variedad y multiplicidad de las apariencias, quiere encontrar lo que unifica la diversidad de los seres y explica por qué son como son.

Si bien el conocimiento sensible es un conocimiento de sombras desdibujadas, no podemos olvidar que los seres físicos son copias, imperfectas, pero copias al fin y al cabo de las Ideas. Por eso nuestra alma puede utilizar la información sensible para abstraer, a partir de ella lo que hay de común en todas las cosas, para conocer el modelo que todas ellas imitan. Claro que este proceso de abstracción no es sencillo porque lo más fácil es no complicarse la vida pensando, y quedarse con las apariencias de las cosas, que es lo que hicieron los Sofistas (al atrincherarse en su cómodo escepticismo), pero no es imposible. Platón explica, a través de una imagen metafórica: la **analogía de la línea**, cómo nuestra alma puede, gradualmente, ir alejándose de los datos sensibles concretos e inmediatos, para alcanzar el conocimiento de las ideas.

En “La República”, Platón establece una comparación entre los grados de realidad y los grados de conocimiento verdadero (ver ilustración número 6). El filósofo, que quiere alcanzar el conocimiento verdadero, de las Esencias o Ideas, debe ir ascendiendo, desde la **opinión** o **doxa** (es decir puntos de vista meramente probables, basados en apreciaciones subjetivas) hacia la **ciencia** o **episteme** (es decir, conocimiento verdadero e infalible, basado en razones), y esto se hace a través de las matemáticas, que es un modo de conocimiento intermedio en el grado de abstracción, ya que los matemáticos necesitan recurrir a elementos sensibles como figuras de objetos geométricos etc..., pero como herramientas para conocer y pensar relaciones matemáticas absolutamente inmateriales y abstractas. Las matemáticas son para el alma una preparación a la verdadera ciencia que es la **dialéctica**, que nos permite, tras mucho esfuerzo, conocer la idea suprema, o idea de Bien, tras haber contemplado intelectualmente el resto de las ideas. Como veremos más adelante, Platón cree que no todo el mundo está capacitado para emprender este difícil recorrido, y que la mayoría de las personas nos debemos contentar con el conocimiento limitado de las cosas que obtenemos a través de los sentidos y debemos dejarnos conducir por los pocos privilegiados que sí han podido alcanzar la sabiduría.



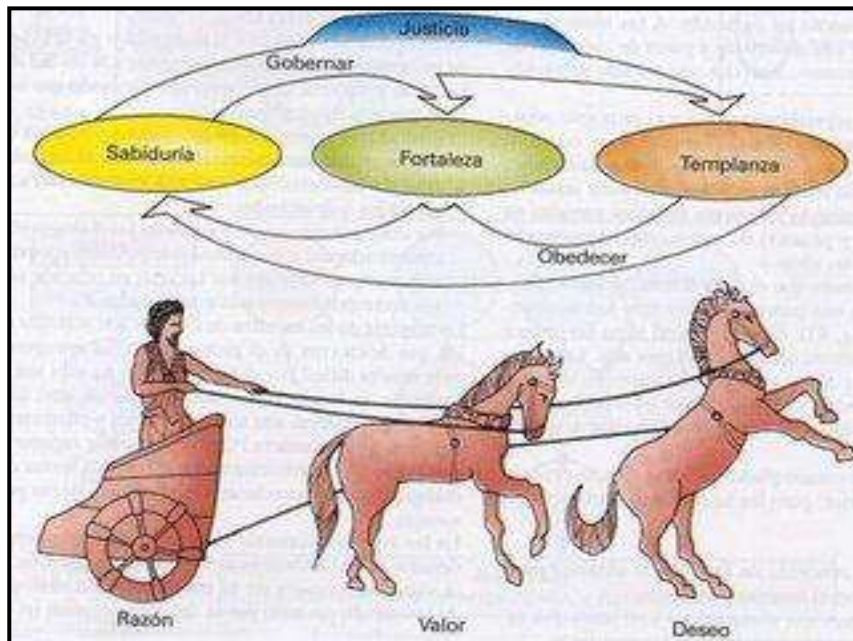
5- Ética y política

5.1- El mito del “Carro alado”

En su diálogo “Fedro”, Platón compara el alma con un carro alado, que viaja por el firmamento, este carro está impulsado por dos caballos, uno blanco, el dócil y noble y uno negro, el desobediente e indócil, hay un auriga o jinete, que domina a los caballos y dirige el carro por el sendero correcto, pero hete aquí que el caballo negro se rebela contra las órdenes del jinete, y, arrastrando al caballo blanco, hace precipitarse al carro, que cae del cielo a la tierra. Del mismo modo, el alma humana está formada por tres partes: una parte racional, representada en el mito por el auriga, una parte irascible, simbolizada por el caballo blanco, y una concupiscible, que sería el caballo negro. Estas dos últimas partes del alma, la irascible y la concupiscible, son partes pasionales cuyo cometido es impulsar y dar fuerza al alma para cumplir su misión, pero no tienen las dos la misma naturaleza, ya que el alma irascible o la parte irascible del alma es fuente de pasiones nobles, como el valor, la audacia etc, mientras que la parte concupiscible origina pasiones innobles como el egoísmo, la envidia etc... Si la parte racional del alma domina a las pasiones orientándolas en la dirección adecuada, es decir, poniendo las pasiones nobles al servicio de la razón y reprimiendo a las pasiones innobles, el alma irá por buen camino y se mantendrá en la senda de la virtud, pero si el alma innoble se rebela y se impone a las demás, el alma, en su totalidad perderá su rumbo y caerá en la degradación.

Según Platón, todas las almas, por su naturaleza inmaterial deberían habitar en el mundo de las ideas, y esto es así, el mundo inteligible aparece poblado por un sinnúmero de almas que, como entidades racionales se ocupan de lo que para ellas es más adecuado, la contemplación de la idea de Bien. Sin embargo, a veces ocurre que en algunas de estas almas, la parte innoble se subleva contra la racional, haciéndole perder su equilibrio, su armonía, el resultado es que el alma “cae” al mundo material, encarnándose en un cuerpo y originando a un ser humano. En esta “caída” el alma “olvida” toda la belleza contemplada

en el mundo de las ideas y se “despierta” encadenada a un cuerpo del que quiere liberarse para volver al mundo del que es originaria y que es su mundo propio.



Este relato simbólico es utilizado por Platón para ejemplificar los siguientes aspectos de su doctrina de las ideas:

- Se explica cómo puede, el alma humana, acceder al conocimiento de un tipo de realidad trascendente, las ideas. Cuando el ser humano contempla los objetos sensibles, el alma, poco a poco va recordando todo aquello que había olvidado al encarnarse en el cuerpo, así que el conocimiento de las ideas es, en realidad, una **anamnesis** o recuerdo de un conocimiento que ya se tenía. De este modo, Platón incorpora a su filosofía la doctrina socrática de la “verdad interior”.
- Se interpreta al ser humano en el marco de una ontología dualista, también como una entidad dual, compuesto por una parte material y una inmaterial, cuya naturaleza propia le impulsa a “regresar” al mundo de las ideas. Para Platón el cuerpo es una especie de “cárcel” para el alma, que busca el regreso a su mundo propio
- Se justifica una ética marcada por el ascetismo, es decir por la supresión de las pasiones corporales que impiden al alma regresar al mundo de las ideas.

5.2- El alma y el estado

Según hemos visto, Platón piensa que el alma está constituida por tres partes: racional, irascible y concupiscible, cada una de ellas se encuentra situada en una parte del cuerpo humano, la parte racional en la cabeza, la parte irascible en el pecho y la parte concupiscible en el vientre. Cada una de ellas tiene una función y su virtud o “excelencia” consiste en el desarrollo pleno de estas funciones propias. La parte racional del alma tiene como cometido dirigir y gobernar a las otras dos partes para conseguir que el alma en su totalidad pueda ocuparse, por entero y sin distracciones al conocimiento del mundo de las ideas. Cuando la parte racional consigue realizar bien su función, alcanza su virtud propia: la **sabiduría**. Las otras dos partes del alma deben ocuparse de aportar el impulso o energía necesaria para que se alcance el conocimiento del mundo inteligible. Esto es posible si cada una de ellas consigue realizar su función propia: la parte irascible del alma debe superar las pasiones violentas que hay en ella (la ira, la belicosidad..) y mostrar **valor**, su virtud propia, poniéndose al servicio de la razón. La parte concupiscible del alma puede realizar bien su trabajo si frena a las pasiones groseras que nacen de ella (el instinto de conservación y de reproducción, que son tendencias inevitables en nuestra especie), y

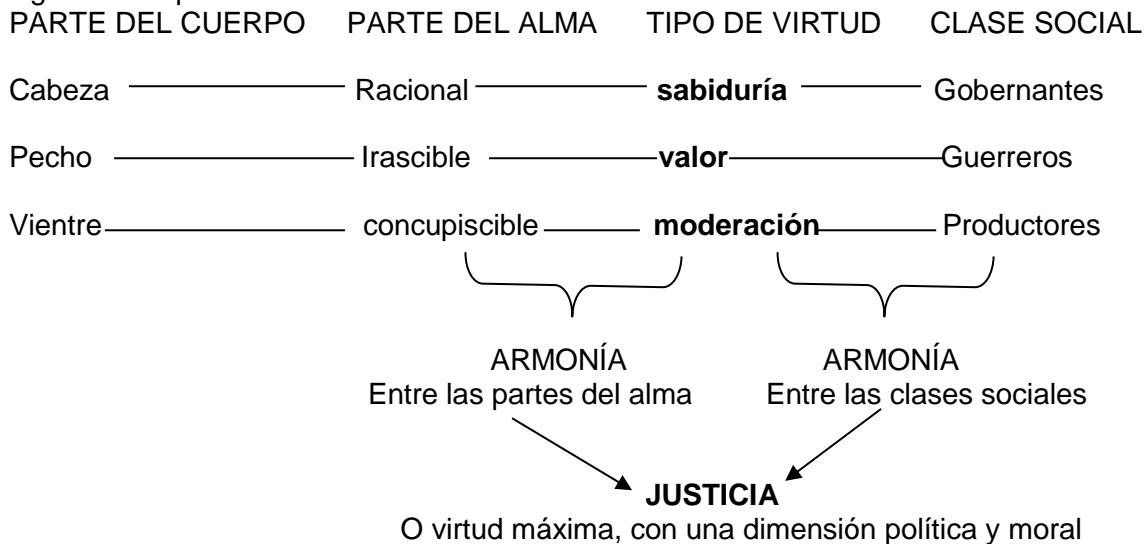
manifiesta **moderación** en estos apetitos. Es así como estas dos partes inferiores del alma tienen la disposición necesaria para obedecer a los dictados de la razón.

De este modo, si cada una de las partes del alma alcanzan su virtud, se consigue un estado de armonía en el alma entera, al que Platón denomina **Justicia**, y que es el estado del alma propio de las personas sabias y justas, las únicas que conseguirán vislumbrar el mundo de las Ideas. Si, por el contrario, en nuestra vida nos dejamos llevar por las bajas pasiones y buscamos solo el placer físico, entonces nuestra alma nunca recuperará la armonía o justicia perdidas y, a nuestra muerte, se tendrá que reencarnar en otro ser humano. Así que, lo que Platón está proponiendo es una moral ascética, de purificación y renuncia permanentes a los placeres físicos y corporales que “distraen” a la razón y “encadenan” el alma al cuerpo. Cuando el sofista Trasímaco afirmaba que las verdaderas motivaciones humanas eran la lucha por el poder y la búsqueda del placer, se olvidaba completamente de la cualidad que, según Platón, más nos “humaniza”; la racionalidad. Por ello la ética platónica es racional, es la razón quien debe dominar y regir a las pasiones, de modo que el alma pueda liberarse de las ligaduras que la atan a la materia y regresar a su mundo propio, el mundo inmaterial de las ideas.

5.3- Isomorfismo entre alma y estado

Desafortunadamente no todas las personas consiguen en la misma medida esta purificación, ya que no todos los seres humanos son iguales. Platón cree que en algunas personas predomina la parte racional del alma, mientras que en muchas otras hay un predominio claro de alguna de las otras dos partes. Los primeros son ciudadanos privilegiados, ya que si se les educa correctamente podrán potenciar esa capacidad natural de su alma y alcanzar la sabiduría y la justicia. El resto de los ciudadanos tendrá que conformarse con ser útiles al estado en la medida que les permite sus limitadas capacidades, es decir, reprimiendo los impulsos desordenados que nacen de sus almas desequilibradas y sometándose a las órdenes de los sabios.

Como vemos, Platón propone un modelo de estado o “República” que tiene la misma estructura que el alma humana y que se amolda a las capacidades de cada ciudadano. En este modelo político, existen tres clases sociales, formadas por los ciudadanos, agrupados según la parte del alma que predomine en cada uno de ellos, la sociedad en su conjunto es una sociedad virtuosa si cada clase social cumple con su función propia es decir a la clase superior le corresponde dirigir a las demás, y a las clases inferiores obedecer, sacrificando cada ciudadano sus intereses particulares en beneficio de la comunidad. Por lo tanto hay un claro isomorfismo entre alma y estado, entre ética y política, que se aprecia en el siguiente esquema:



Con este modelo de estado Platón pretende que la moralidad vuelva a presidir la vida política, que la polis viva en un estado de armonía, equilibrio y moderación, que la justicia esté presente en todas las dimensiones de lo público, que no existan diferencias entre las normas que guían los asuntos públicos y privados. Solo así la República será un reflejo del Bien, solo así será posible evitar la decadencia y la corrupción políticas.

5.4- La educación y otras medidas políticas

El sistema político que Platón propone es rígido y autoritario, se fundamenta en la idea de la desigualdad natural entre los seres humanos, hoy en día podríamos considerarlo un sistema totalitario. Pero no debemos perder de vista cual era la situación social ateniense en esa época y que fue lo que Platón intentaba conseguir con sus teorías políticas. Lo que él pretende es llenar de racionalidad un sistema social que se había corrompido precisamente porque los dirigentes políticos buscaban, ante todo, satisfacer intereses y deseos particulares. Platón intenta establecer un modelo social en el que los deseos particulares nunca pueda imponerse, para conseguir este objetivo Platón propone una serie de medidas políticas complementarias:

1. En primer lugar, suprime la propiedad privada en las dos clases superiores, así se evitará que los intereses particulares de los más poderosos les distraigan en su misión de gobierno.
2. Tampoco admite que existan familias en estas dos clases, para que los sabios y los guerreros no tengan la tentación de beneficiar egoístamente a “los suyos”
3. Platón piensa que los sabios tienden, por naturaleza a desentenderse de los asuntos públicos, ya que su primer impulso es regocijarse en la contemplación del mundo de las ideas y rechazar los problemas mundanos, esto, que en principio pudiera parecer un inconveniente, es una ventaja. El gobernante no debe tener ningún interés en gobernar, el gobierno de la república no es, para el sabio más que una penosa obligación que está moralmente determinado a ejercer. En su diálogo “la República”, Platón afirma que hay que ir forzando a los “mejores” a que abandonen sus estudios dialécticos, que es el trabajo que realmente les apetece, para pasar a ocuparse del bienestar de la ciudad.
4. La **educación** juega un papel importantísimo en la República platónica, por ello no puede dejarse en manos de cualquiera. Son los Sabios los que deben ocuparse de la formación de los jóvenes, ya que de ella depende la felicidad y el bienestar de los ciudadanos, y el buen funcionamiento de la polis. Platón fue el primer filósofo que defendió el derecho a una educación pública y universal, es decir, para todos los niños y niñas, ya que todos los seres humanos, sin excepción estamos dotados de razón. A través de la educación se potencian las capacidades propias de cada persona, se determina, en función de las capacidades naturales que cada niño o niña va manifestando en el proceso educativo, el lugar que cada uno va a ocupar en la sociedad, y también se seleccionan aquellos chicos y chicas que, por estar anímicamente mejor dotados, se harán cargo en el futuro del gobierno de la ciudad (éstos tendrán que continuar con estudios superiores de dialéctica).